

Una biblioteca de verano

Mary Ann Clark Bremer

Libro breve del que esperamos un tirón argumental línea tras línea, hasta que comprobamos que el protagonismo lo asumen los libros. Presentes están el tono lírico y las observaciones lúcidas en torno al hecho literario, más el añadido de situar a la literatura como consuelo en las adversidades.

La autora regresa al pueblo francés donde transcurrió su infancia, tras la guerra que acaba de terminar, en ella ha perdido a sus padres y ahora, en el año 1946, acaba de fallecer su tío Marcel.

Desolación en esta comarca de Francia, que tras la ocupación por las tropas alemanas está destrozada; de modo que se impone volver a empezar, y aquí aparece la biblioteca que, por supuesto, también ha sufrido una total aniquilación. La narradora asumirá la tarea de rehabilitarla; le pesa el recuerdo del tío Marcel cuyo interés por los libros le llevó a tener una biblioteca importante y el propio interés de ella por la lectura; todo unido serán razones que la embarcan en el proyecto de ponerla en marcha. Será la nueva bibliotecaria: juicios y recomendaciones sobre obras y escritores. Casi lecturas personalizadas para cada lector. El pueblo tendrá su biblioteca funcionando

“No tenía tiempo ya, ni fuerzas, para pintar las paredes de la nueva «biblioteca popular», así que las despojamos de telarañas y colgué unos cuantos dibujos que el tío Marcel tenía arrumbados tras la puerta de su biblioteca: viejos cartelones de anatomía, afiches de películas de la época del cine mudo, algún lienzo pintado con mano inexperta pero con cierta gracia: dos en realidad, una marina que recordaba a un Turner que hubiera vivido en Niza, y un amplio paisaje representando las colinas de D.”

Escritores como Marcel Proust y Daniel Defoe, llenan las páginas de este relato como los propios personajes de carne y hueso con los que se relaciona diariamente la joven narradora, con las historias de los vecinos del pueblo nunca se construye una trama, para algunos lectores la narradora pierde la ocasión de volcarse en la vida de estos ciudadanos. Pero es obvio que el interés de esta escritora es hacer un homenaje al bibliotecario: que sabe *recetar* una lectura sin prisas a un lector dispuesto a la seducción. No pretende construir un relato sostenido por una cerrada trama.

La narración hace coincidir el despertar del pueblo después de la guerra con el funcionamiento de la nueva biblioteca. No en vano, señalamos la capacidad de salvación de lo literario.

Volvemos a la inexistente trama y algunos lectores opinan que la autora tenía que haber desarrollado más a algunos personajes de quienes apenas hace un esbozo. Pero son un pretexto, únicamente existe lo literario. Digamos, por qué no, que la novela no es un relato magistral, no es " *el coronel no tiene quien le escriba*" ni " *ethan frome*". El hilo argumental se diluye en la pasión permanente que expresa Mary Ann Clark Bremer por los grandes autores de la literatura y sus obras.

Añadimos unos fragmentos, a modo de aperitivo. Se lee bien.

“No estaba aquella vida en los libros. O, mejor dicho, no había imaginado aquella vida en los libros más queridos.

Vivía. Por encima de todo «vivía».

Los libros de Conrad, de Melville, los libros de Proust —amado Marcel Proust— me acompañaban.

Los poemas de T. S. Eliot, al que «comprendía» al fin.

Las novelas de Tolstói.

Comenzaba a sentirme adulta por primera vez en la vida. Y me sentía diferente también cuando elegía una nueva lectura: la pasión se había calmado, y, en cierta manera, cada nuevo libro me producía un placer mayor, ya no había impaciencia en la lectura. Me demoraba cuanto quería. Y aprendí a elegir el momento que cada libro necesitaba.”

Fe González Velasco